

¿DESDE DÓNDE PENSAR LA POLÍTICA?

Jonatan Alzuru A.*

ESCUELA DE TRABAJO SOCIAL, UCV

RESUMEN:

Este artículo tiene por objeto abordar la pregunta ¿desde dónde pensar la política?, para ello se mostrará que el vocablo política puede ser comprendido tanto como teoría como por actividad, en su primer sentido la política puede ser pensada desde sus tradiciones de pensamiento y en el segundo sentido desde la experiencia.

Se argumentará que tal escisión entre teoría y práctica sólo es superada desde un pensar práctico. En este sentido, el político es el artista, cuya obra de arte son las cuestiones y las actividades políticas. Siendo la política el ámbito tramado por la estética y la ética. Siendo la ética el motor y la estética el horizonte o viceversa.

Se concluirá que el ámbito desde dónde pensar la política es el de la autocomprensión cultural.

Palabras claves: Política, autocomprensión, sí mismo, pensamiento práctico.

LA PREGUNTA

Quizás, la pregunta de nuestro título, formulada aisladamente, sin contexto, suponga una multiplicidad de respuestas y de orientaciones diversas, desde Aristóteles hasta Vattimo.

Quizás podemos hacer una galería de ideas, de principios, un collage infinito de carátulas donde se crucen fragmentos de Hobbes, Marx, Rousseau, Montesquie, Kant, Hegel, Habermas, Lyotard, Platón... y se presenten en una sala de exposiciones con una estética agradable, a la vista de un público que está obligado a buscar respuestas por doquier...

Otra elección posible, para dar cuenta de la interpelación es el discernimiento de cada frase, de cada palabra de la obra de un autor, más específico aún, de un libro, de un pensador, entonces, pensar la política supondría una intimación con las ideas de alguien que tuvo un pensamiento político... Tal vez, *Los manuscritos Económicos-Filosóficos*, del joven que interpeló a Feurbach, a Hegel, y con ellos a la tradición alemana que pensó el devenir de la cultura, sería una opción agradable para quien se inscribe dentro de una tradición de izquierda... Para tal asunción, la política se piensa desde una tradición de pensamiento... Se

*jalzuru@cipost.org

piensa desde la izquierda o desde la derecha, desde el republicanismo o desde el liberalismo...

Desde el más ortodoxo al más heterodoxo de los intelectuales de cualquier corriente de pensamiento, a quién se le haga la inquisición sobre el pensar la política, tendrá unas razones, buenas o malas, que dependerán de los criterios que posea aquél quien interroga, para justificar su opción metodológica de cómo presentar el soporte y el horizonte desde dónde piensa la política.

Obviamente, la interrogación realizada a expertos en el campo intelectual tendrá como hemos afirmado una multiplicidad de opciones teóricas. Pero si la pregunta se le realiza a un militante de una organización política, que no tiene pericia en las tradiciones teóricas, ni en los campos del conocimiento que se relacionan con el pensar político o con las teorías políticas, quizás hace referencia a la institución a la que pertenece, aclarando, por supuesto, que ella, la organización, posee un horizonte de sentido donde se expresa con claridad, cómo debe ser la organización de la convivencia y, por lo tanto, tienen delineado sus fines y sus objetivos políticos. Y es desde allí, desde dónde él, piensa la política.

Seguramente, alguien entrenado en asuntos de teoría política, podrá inscribir a la organización política en alguna corriente, en alguna tradición y, obviamente, mostrar el fundamento teórico de la misma, indicará la corriente de pensamiento a la que pertenece el inexperto en asuntos intelectuales. Y otra vez estaríamos en el suelo de la epistemología política. Condiciones, posibilidades y límites del pensar desde un determinado lugar, las cuestiones políticas.

Estamos llamando cuestiones políticas a los asuntos tratados por las teorías políticas, aquella que se preocupa desde las estructuras y los modos de los gobiernos hasta los problemas de decisión pública; desde las estructuras económicas que determina las formas de producción, como método para dar cuenta de las relaciones de poder, hasta los deberes y derechos de los miembros de una comunidad; desde los límites y alcances de las libertades individuales, hasta las valoraciones de las ideas del bien; desde las funciones de las instituciones hasta las preocupaciones metodológicas y conceptuales para dar cuenta de todos los asuntos anteriores...

Quizás si nuestro diálogo se realiza con una persona sin militancia política, cuyas preocupaciones se centran en su vida privada, sin experiencia en los campos de conocimiento socio-políticos o filosóficos. Una persona que quizás participa en los sufragios para la elección de sus representantes, pero que le es indiferente sus acciones hasta tanto no le afecte su cotidianidad... Quizás la conversación, el asunto, tomaría otros derroteros.

Tal vez, para ese interlocutor pensar políticamente alude a las reflexiones que debe tener un individuo para plantearse cómo tomar el poder, cómo ganar unas elecciones, cómo aprobar una ley, cómo hacer para que la educación, un tipo y no otro, funcione en un estado que tiene ciertas características, cómo generar un sistema de salud; cómo hacer que otros, no sólo confíen en él como líder sino que actúen en correspondencia porque creen en aquel quien los dirige.

Entenderá, quizás, que el pensar político del que tiene la política como oficio se funda en los intereses que ese actor tiene; intereses que pueden cruzar distintos ámbitos de la vida, desde el económico, social, afectivo, teóricos hasta necesidades subjetivas como la del reconocimiento público, por ejemplo...

Quizás entenderá el pensar político como un actuar con pericia, como un arte para dirimir conflictos, como capacidad para dominar y que los dominados asuman tal ejercicio de poder como un ejercicio legítimo... y, si jugamos en el diálogo con un estilo socrático, es posible que concluya que tales asuntos los piensa el político desde su experiencia.

El sentido de lo que entiende nuestro imaginario interlocutor como experiencia no reside en un saber que se aprende en la Facultad de Estudios Políticos, ni con la lectura de libros de política, ni con la reflexión a propósito de los fundamentos teóricos de la vida que vale la pena vivir, ni con el manejo metodológico de los procedimientos argumentativos que hacen legítima una proposición que se coloca en cuestión. No está haciendo referencia a las tradiciones del pensamiento político. Tampoco es una acumulación cualquiera de hecho a lo largo de unos años. Se trata más bien, de un saber que se aprende en la actividad práctica.

En definitiva, el vocablo política, en el último sentido se está comprendiendo como actividad y es por ello que se apela a la experiencia como el lugar desde el cual se piensa tales asuntos.

PLATAFORMA DEL PENSAR: LA EXPERIENCIA

El sentido de lo que intenta expresar el vocablo experiencia, dígame a lo que está referido, es a la autocomprensión que tiene el sujeto de sus vivencias. Esto es, la comprensión, reflexión, y análisis de las articulaciones, confrontaciones, acuerdos, convenios, opacidades, divorcios, confusiones, rupturas, persuasiones, desacuerdos, que ha tenido con su entorno social, a propósito de la multiplicidad de asuntos que se consideran buenos.

Tales problemas, situaciones, encrucijadas, se dan dentro de una multiplicidad de circunstancias donde el sujeto no sólo debe comprender su posición en

interacción con los otros, sino que, además, impulsa o toma decisiones en función de un horizonte de sentido que le indica, según su valoración, qué es lo bueno en ese momento.

Las decisiones tomadas, generan consecuencias, buenas, maximizando beneficios y disminuyendo costos de unos; o malas para otros porque asumen sólo costos sin ningún beneficio, y otras, producen perturbaciones emocionales o sociales cuyo resultados no son evidentes, ni se pueden aprehender bajo una hoja de cálculos, sino que quizás se manifiestan, para bien o para mal, el tiempo...

La evaluación de los efectos de las decisiones, del cómo se construyó la decisión, la forma cómo se interaccionó con los otros decisores o con los afectados por la decisión, cómo fue el comportamiento afectivo, emocional, racional, qué no se tomó en consideración... Son las vivencias, autocomprensivas de los hechos, las metacogniciones, relevantes para configurar una experiencia política.

El vocablo metacognición lo utilizamos en el sentido de tener conciencia no sólo que se aprendió algo en una situación pasada sino también, la capacidad para caracterizar cómo se logró tal aprendizaje.

Tal acervo genera un saber que funciona como soporte de la mirada, es el andamiaje de la percepción y del análisis. En otras palabras, el acervo se transforma en el lugar desde dónde y a partir del cual se puede discernir sobre una situación presente que se percibe como confusa, disyuntiva o requiere de una intervención que empuje cambios a favor de unas metas, de unos objetivos, con un rumbo en particular.

La característica de tal saber, es que la iluminación de la opacidad del presente consiste en la elaboración de un horizonte que indica cuál es la mejor forma de actuar, en función de aquello que se considera como lo bueno, a partir de la comprensión de vivencias pasadas.

Tal brújula es construida, entonces, a partir tanto de la autocomprensión de situaciones pretéritas, los hechos políticos vividos, como de la amalgama de costumbres, hábitos, convicciones, valores difusamente compartidos y comprendidos dentro de la comunidad a la que se pertenece, aunado, en ocasiones, a unas elecciones teóricas inscritas dentro de tradiciones de pensamiento. Sin embargo, lo relevante es que la brújula es un saber práctico que se configura al reflexionar sobre la práctica humana.

La reflexión sobre la práctica humana, no es el abordaje teórico de la condición humana por un abstracto sujeto pensante que quiere dar cuenta del ser de la humanidad. Ni es una soteriología, una teoría cuya vocación es la salvación

de la humanidad. No tiene una intencionalidad profética, como aquél que se siente poseedor de una verdad (el concepto de lo que es la humanidad y cuál es el sumo bien) y, entonces, desde allí proclama cómo es y debe ser el hombre, cuáles son sus relaciones buenas y cómo mantenerla, cómo deben ser la instituciones, a quién y por qué obedecer...

El saber práctico al que nos referimos tampoco tiene la vocación de la objetividad científica, cuya perversión es la transformación de un ser real en una equis racional, capaz de ordenar egoístamente su preferencia, susceptible de ser colocada en una matriz matemática... o la excitación por la comprensión numérica de las interacciones de los sujetos, donde el ser social es una equis que es el nombre asignado a una clase o a una comunidad determinada por unas estructuras económicas objetivas, es decir, descriptible con fórmulas que se pueden graficar con curvas, funciones, donde se interrelacionan variables dependientes con independientes... donde el supuesto básico es que aquella equis es de una manera y no de otra producto de las determinaciones objetivas. Esto es que la cultura de la equis, su conciencia, su religiosidad, su eticidad, su subjetividad, son producto, *solamente*, de las estructuras objetivas, numéricamente demostrables, verificables.

Obviamente, nos referimos a las tendencias del racionalismo moderno, que tiene como plataforma giratoria a Kant y su conjuro "callemos acerca de nosotros mismos", que se caracterizan por la reducción de la persona a una entidad lógica, a un ser sin órganos, a un espectro sin carne, sin lenguaje, sin pasiones, sin sueños, sin utopías, sin esperanzas, sin sufrimientos, sin deseos, sin historia, sin *ethos*.

Tal metamorfosis de la persona en cosa, ese ser humano que vive en un espacio y tiempo determinado, con un *kairós*, un clima cultural concreto en equis, tal proceso cosificante la realiza un pensador que se asume como un ser abstracto. Es decir, aquella persona cuyo rigor metodológico lo conduce a suprimir todo acecho de sí mismo en su pensar y, por supuesto, en su constructo teórico, transformando su creación en un escrito impersonal, fríamente congelado.

Por el contrario, el saber práctico responde a un estilo del pensar que se inicia colocando como lo más pertinente del pensar al propio actuar. El saber práctico se tiene a sí mismo, su persona, su mundo vital, como el objeto del pensar.

Tal elección de sí responde a varios supuestos, el primero que el conocimiento no es neutro, que responde a intereses, a valoraciones, a estimaciones, que está movido por la voluntad y los deseos, individuales y/o colectivos. Segundo que el discernimiento de tales asuntos, de los horizontes del conocimiento, que

se cuecen en el conjunto de interrelaciones que se dan en la comunidad a la que se pertenece, se hacen más claro en la vivencia de aquel que los piensa.

El segundo supuesto está construido a partir de la siguiente premisa: el conocimiento se construye de lo más sencillo a lo más complicado, de lo claro a lo oscuro, de lo simple a lo complejo. Proposición ésta inscrita dentro de la tradición teórica que ha tenido como centro neurálgico de reflexión cómo se configura el saber en el niño, aquella que interrelaciona los asuntos pedagógicos con el desarrollo mental del educando. Aquella que va desde Piaget hasta Vygotsky. Valga una brevísima digresión con el objetivo de dibujar, someramente, un rasgo de la tradición a la que apelamos. Piaget se plantea el siguiente problema:

¿Bastará para crear una lógica en el niño y en el adolescente con que el alumno escuche las mejores lecciones durante años, de la misma manera con que el adulto escucha a un conferencista? ¿O una formación real de los instrumentos de la razón exige un ambiente colectivo de investigación activa y experimental y de discusión en común? (Piaget, 1982).

Para abordar el problema el autor toma un área del conocimiento, las matemáticas, su elección se funda en que tal campo de conocimiento es donde los alumnos presentan la mayor cantidad de dificultades, por el grado de abstracción que necesitan desarrollar para resolver las operaciones que se les presentan.

El pensamiento matemático es lo más alejado de la vivencia cotidiana del niño y, quizás por ello, sostiene el autor, el sentido común, erróneamente, asume que sólo basta conocer las nociones matemáticas para aprehenderla sin importar el desarrollo cognitivo del alumno.

El autor mostrará, por el contrario, que lo central para el desarrollo lógico en el niño es iniciar por asuntos prácticos, reales, materiales, juegos, actividades con objetos, donde se familiarice con superficies, longitudes, proporciones, y se le coloque en situación de tal manera que tome conciencia de lo que está haciendo en la práctica. Es decir, que autocomprenda que está adquiriendo unas ciertas destrezas en la misma medida que realiza la actividad. De tal actividad práctica, se le puede plantear un nivel superior de abstracción con dibujos representativos de aquello que realizó y por último, es recomendable plantear los mismos asuntos, pero esta vez el análisis se realizaría con valoraciones más abstractas, los números.

El ejemplo de la matemática que utiliza el autor permite visualizar que el asunto más pertinente para un educando es la comprensión de sus propias interacciones con la naturaleza, pero también con su entorno social. Idea ésta desarrollada por Vygotsky, cuya tesis central será que tanto la construcción co-

mo la evolución del conocimiento depende del contexto social, es decir, de las interacciones sociales.

El horizonte de tal planteamiento teórico es que el conocer, su desarrollo, sus métodos, se inician a partir de problemas pertinentes para el educando que surgen del entorno social, la comprensión de tales asuntos en interacción con otros sujetos, se transforma en condición para el desarrollo de las habilidades del pensamiento individual y el suelo apropiado para que se configure un saber colectivo donde todos y cada uno de los miembros participantes se enriquezcan de la relación con el otro, no limitándose esto sólo al ámbito epistemológico sino al afectivo, emocional y social.

Toda la pedagogía en función del desarrollo cognitivo está soportado en una concepción de la educación intelectual. Ésta es expresada por Piaget de la siguiente forma:

El objetivo de la educación intelectual no es saber repetir o conservar unas verdades acabadas, porque una verdad que uno reproduce no es más que una semiverdad; aprender a conquistar por sí mismo lo verdadero con el riesgo de dedicarle mucho tiempo y dar muchos rodeos es lo único que garantiza una actividad real. (Piaget, 1982).

La vivencia del aprendizaje en definitiva será desde una percepción y comprensión de lo que hace hasta una interpretación abstracta, generalizables, de las mismas actividades, de lo concreto a lo abstracto. Entendiendo que la abstracción es un desarrollo más amplio, más complejo que posibilita desentrañar con otras herramientas los asuntos vivenciados.

El rústico boceto que hemos realizado de un aspecto de la psicología cognitiva nos permite elaborar una hipótesis que la hemos utilizado como uno de los soportes del segundo supuesto, a saber: si el conocimiento abstracto, como lo es el matemático, debe iniciarse a partir de los problemas cotidianos, entonces, un conocimiento que tiene por objeto la comprensión, regulación y transformación de la convivencia, como lo es el pensamiento político, éste debe iniciarse, con más razón, a partir de la reflexión de las vivencias de aquél que está presto a formarse en tales asuntos.

Finalizada la digresión, podemos volver al planteamiento, a la elección de sí como el inicio del saber práctico que se transforma en el acervo necesario para la actividad política.

Es necesario aclarar que aquello que se llamó simple, claro, sencillo, como el inicio de la autocomprensión, es una nominación lógica, más no ontológica,

que se utilizan como muletas metodológicas para orientarse en el mundo, puesto que en término de lo real las disecciones son imposibles.

Esto que enunciamos de forma sencilla, quizás se hace más transparente si recurrimos a un ejemplo. Un sujeto que asume la proposición elegirse a sí mismo como el objeto de reflexión e inicia la experiencia del psicoanálisis para conocerse, para clarificar sus deseos, sus pulsiones, sus intereses, para hacer transparente a sí mismo su voluntad, se encontrará en una selva compleja cargada de fantasmas, de personas, de situaciones, de construcciones simbólicas... quizás descubre que obraba como si fuese libre pero estaba gobernado por necesidades, que su vida no era suya sino era la realización del deseo de sus padres y él tan sólo era un muñeco de los deseos de los otros... entonces la aventura de mirarse se transfigura en una angustia vital cuyo reposo se percibe, sólo si cambia su manera de ser y estar en el mundo.

El indagarse, el elegirse a sí mismo, como el objeto a ser pensado se transforma en un ejercicio que genera cambios en la interrelación con los otros, con la familia, con el trabajo... producto de tal experiencia de búsqueda de sí se generan conflictos o encuentros familiares, rupturas o cercanías con las figuras paternas, desencuentros, distanciamientos o integración con los amigos... difícilmente alguien podrá calificar de un asunto sencillo, simple y transparente el aproximarse a sí mismo luego de tal vivencia... mucho menos aquél que lo experimenta porque tiene el escarmiento de haber roto y reconstruido su propio ser, con la certeza, además, que ese material maleable que es el *sí mismo*, no tiene un momento culmen donde finalice su transformación, nunca será una obra acabada. No hay llegada sino horizontes de cambios. No hay felicidad como meta, a lo sumo, la apuesta es por la tranquilidad de estar bien consigo mismo en los momentos que uno se piensa.

Precisamente, tal asunto es así porque lo que hemos llamado *sí mismo*, no es una entidad fija, idéntica a sí misma en el tiempo, es más bien un cuerpo haciéndose permanentemente. Es un cuerpo nutrido de lenguajes, de historias que se miran y se recomponen siempre distintas, en permanente tránsito e interacción con otros cuerpos, que influyen, modifican formas de ver, de ser y de actuar.

Ese *sí mismo*, además, está determinado por condiciones materiales de existencia que son modificadas o no, a su vez, por las acciones prácticas que realiza el sujeto en la misma medida que clarifica sus intereses, sus deseos, su voluntad. Pero además, ese *sí mismo* es un cuerpo que interacciona regulado por un conjunto de normas escritas o acordadas que le determinan prácticas, formas de ser y estar con los otros. Es un cuerpo cargado de máscaras que dependen de las interacciones y que no tiene un ser esencial que lo identifique, más bien, vivencia un sin fin de identificaciones que se configura en la tensión

entre lo que se preserva y cambia, entre opacidades y claridades cuyo límite, es la muerte.

En los hechos sociales, en las interacciones entre los sujetos, en las tramas comunitarias, por lo tanto, no hay posibilidad ni de aislar ni tratar ningún elemento con independencia del contexto, precisamente, porque los hechos sociales no pueden ser tratados como cosas, como era la premisa metodológica de Durkheim. Además, porque siempre se redimensionan las partes en función del todo, en la misma medida que se avanza, porque la totalidad determina a sus partes y viceversa. Lo que intentamos registrar es el carácter dialéctico del conocer (aguzado lector, la asunción de tal carácter esencial del conocimiento, es una manera, para mí, de mostrar la biblioteca desde la cual pienso los asuntos).

En otro sentido y desde otra perspectiva encontramos argumentos a favor de la autocomprensión, como ejercicio necesario para la configuración de un pensar político y estos, están referidos a la potencia de tal saber. Él reside en su vocación histórica, educativa y ética.

Entendemos la vocación histórica del saber práctico, de la autocomprensión, no como un mapa que correlaciona un pensamiento con un momento histórico; sino como una experiencia siempre renovada y distinta de encontrar un sentido en las palabras pasadas, con la intención de roturar la opacidad de un presente que será nuevamente releído en un futuro, desde otro horizonte comprensivo.

La vocación educativa es la experiencia del saberse falible al pensar lo que se piensa, con la intencionalidad de superar los contenidos dogmáticos que están inmerso en los saberes, lográndose esto, a través de la perspectiva histórica que se tiene de sí.

Esta experiencia de la falibilidad como diálogo inconcluso consigo mismo, es una condición necesaria para el encuentro con el otro. Sólo se es afable con el otro, con el pensamiento, con las tradiciones del pensamiento, cuando la falibilidad se configura como vivencia permanente. Lo opuesto es un pensamiento dogmático autorreferente, cosificado, que anula toda posibilidad de encuentro porque sólo escucha su propia voz como una verdad revelada. La vivencia dogmática anula toda posibilidad de comprensión de los problemas inter-sujetivos.

Un pensamiento que tiene tal vocación, esto es, dar cuenta de la praxis y del ethos, es un saber teórico cuyo objeto de reflexión es la práctica humana. La autointerpretación de tal práctica es la condición para la formación conceptual de tal saber. Saber que dentro de las tradiciones de pensamiento se conoce con el nombre de filosofía práctica.

La justificación de tal saber, el de la filosofía práctica, su sentido, su pertinencia, está en el carácter razonable que está implícito en la práctica humana de la autocom-

prensión; ejercicio que nos da el entrenamiento para enfrentar nuevas situaciones y que el sentido común le llama experiencia de vida. El horizonte, entonces, de la filosofía práctica no es otro sino maximizar el carácter razonable de lo práctico.

Lo que llamamos razonable, obviamente, no alude a una construcción lógica del tipo "a" implica "b", no nos estamos refiriendo a deducciones, a conclusiones que se derivan de las premisas pero que subyacen en ellas, no es la lógica del silogismo, lo que estamos llamando razonable no tiene como modelo a las bellísimas demostraciones matemáticas que siguen una regla, un patrón...

El carácter razonable del saber práctico, por ejemplo, es lo que se registra en aquellos consejos del anciano que los suyos consideran expresiones de sabiduría. La sabiduría del anciano son manifestaciones comprensiva de un acontecimiento, de cómo él aborda la vida, de cuál es su visión del asunto. Los consejos son expresión de una mirada que se gestó en el diálogo incesante con los otros y consigo mismo en el lento transcurrir de la vida. Son palabras en diálogo que dan cuenta del buen vivir, enraizados, claro está, en tradiciones, hábitos, en ese extraño esfuerzo de la comunidad por sembrar y cosechar una manera de ser, ese cultivo del hombre, la cultura.

Ellos, los consejos del anciano, son el corolario de la interpretación de errores, desaciertos, éxitos, ensayos, riesgos inútiles, actuaciones oportunas, de las pericias que ha adquirido en el vivir. Su mirada se desprende de las reflexiones, autocomprensiones, que él ha tenido en relación a situaciones pretéritas, cómo se ha enfrentado a ellas, cómo eligió, por qué lo hizo, cuál era el clima de la época, quiénes eran sus interlocutores, cómo han variado las instituciones en juego, cuáles fueron las consecuencias de aquella decisión...

El anciano, maestro de la vida, sabe que cada situación es distinta y cada miembro de la comunidad vivencia el acontecer desde su específico ser y aún así tiene la certeza que puede iluminar a los miembros de su grupo con su experiencia, porque hay un suelo, un espacio, una cercanía común que lo permite. Tal certeza es la comprensión de la tensión permanente entre reproducción y cambio social.

El longevo se sabe poseedor de un saber que es transmisible, comunicable, allí radica su seguridad y con tal confianza se presenta en su colectividad: les habla, conversa, conduce el diálogo. Platica de sí como un campesino, ilustrando las anécdotas que dan cuenta del trato con las matas, del cuidado del animal, del canto y los misterios. Dialoga sobre sí con la certeza que tal narración es materia de enseñanza, con la convicción que su autobiografía tiene un sentido pedagógico para su entorno, para su comunidad, para los jóvenes y por eso, el rumbo de su testimonio no es otro que mostrar la posibilidad de una mejor convivencia en la preservación de unas formas de ser, que él considera buena, que valen la pena... Es una forma de mostrar, dibujar la vida que vale la pena ser vivida... por ello la transmisión tiene el sentido de trascendencia. La autobiografía se transforma en el horizonte de su permanencia en la historia... En la historia de los suyos. (Alzuru, J, 2007).

La reflexión sobre la práctica humana se inicia, como hemos argumentado, donde se manifiesta de forma más transparente, en uno mismo, en la vida que transcurre, en el diario vivir. El saber práctico comienza su configuración con la reflexión autobiográfica y como onda expansiva irradia otros ámbitos de relación que configura lo que en términos generales podemos llamar autocomprensión cultural, esto es, lo comunitario, organizacional y sociopolítico. En consonancia

con lo anterior, podemos afirmar que desde ésta perspectiva, la actividad política siempre esta cargada del *pathos* de lo personal.

De allí que hay un suelo común entre los problemas cotidianos y los problemas políticos, como también la forma de enfrentarlos, de pensarlos, de resolverlos o de asumirlos. Lo que hemos llamado suelo común, es un continuo desde el *oikos* a la *polis*, desde el mundo privado, la familia, los amigos, hasta las confrontaciones parlamentarias, hasta las relaciones internacionales o globales. Por ello sostiene Hans Buchheim:

Es importante darse cuenta que los problemas políticos no son de un tipo totalmente distinto al de los problemas cotidianos de la relación con nuestros congéneres y que, por lo tanto, el pensamiento político no tiene que ser aprendido como si fuera un idioma extranjero, sino que se trata de una forma general del uso de la ratio que simplemente tiene que ser aplicada de manera adecuada a los planteamientos de la vida pública. (Buchheim, 1985).

Apoyados en la tesis de Buchheim (1985) sostenemos que la autocomprensión de los problemas cotidianos se transforma en una propedéutica para actuar y pensar políticamente la *polis contemporánea*, aquella que está configurada desde la comunidad, el país al que se pertenece, donde se vive y labora, hasta el ámbito de las interacciones sin ciudadanía definidas, el mundo virtual.

La política es una actividad, un arte, que se maximiza con el instrumental teórico que se elige para pensarla. Las elecciones teóricas, sus tradiciones, tienen la doble característica de ser el paisaje que genera la identificación del sujeto y por ello empuja a los suyos en esa dirección, pero también se transforma en las pinturas y pinceles con los cuales el artista pinta su cuadro.

Manteniendo el símil, entre la política y las bellas artes, podemos afirmar que la experiencia es la condición sine qua non para que las pinturas que realiza el artista sean cada vez más bellas. Las obras que realiza el sujeto enmarcado dentro de una tradición con la que comulga, donde se siente cómodo, serán cada vez más bellas en la medida que el artista reflexione sobre su práctica incesantemente, haciendo miles de bocetos, donde el tribunal interior se transforma en un termómetro regulador de lo que hace, la inconformidad consigo mismo es el motor que lo impulsa hacerlo una y otra y otra vez, con el horizonte puesto en la *ataraxia*. El criterio estético está engranado con un componente ético que se configura como norte, el estar conforme con lo que se está haciendo y con lo que se hizo, la tranquilidad interior.

El aceite de ese motor incesante, que conlleva a repetir el boceto antes de plantearse la obra, e incluso volver, sobre ella, sobre su temática después de realizada, obsesivamente, de otra manera, con otros recursos, con otra mirada,

es fruto de la interacción con los otros, con sus críticas, sus incomprensiones, con sus valoraciones, con sus percepciones, con sus empatías, con sus interpretaciones, con sus silencios

La obsesión de hacer lo que se quiere hacer, la obsesión para que la obra sea la expresión de lo que se quiere, conduce al artista a recurrir al estudio técnico de su campo, al estudio teórico, para desde allí pensar y reflexionar, cómo otros resolvieron los asuntos que él se está planteando, en qué se basaron y del diálogo con esas tradiciones, con esas historias, encontrar un nuevo rumbo que lo conducirá nuevamente a replantear su lenguaje, a replantear sus problemas, a la realización de nuevos bocetos... este accionar constante de replanteamiento es el sentido de la expresión pensamiento práctico.

La grandeza como artista, su realización, residirá que su obra, aunque se inscriba dentro de una tradición claramente delimitada, siempre tendrá su sello personal, tendrá un lenguaje que le es propio porque está cargado de su estilo, de su *pathos*, y desde ese discurso que el artista coloca en tránsito, otros pueden replantear, repensar asuntos, el arte, las obras, la tradición...

El político es el artista cuya obra de arte son las cuestiones y las actividades políticas. La política es el ámbito tramado por la estética y la ética. Siendo la ética el motor y la estética su horizonte o viceversa.

¿Desde dónde pensar la política? Desde un pensar práctico cuya vocación es la autocomprensión cultural. Actividad que tiene como condición la elección de sí en el mar de la contingencia que se experimenta a diario.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Alzuru, Jonatan (2007), "Horizontes, encrucijadas y laberintos", *Racionalidad y religiosidad*, Cátedra de Ética San Juan de la Cruz, Caracas.

Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Orbis, Barcelona.

Aristóteles, *Ética a Nicómaco*. Traducción Abril P. (1984), Orbis, Barcelona.

Buchheim, Hans (1985), *Política y poder*, Alfa, Barcelona.

Gadamer, Hans-Georg (1993), *Elogio de la teoría*, Península, Barcelona.

Piaget, Jean (1982), *A donde va la educación*, Teide, Barcelona.